

HIGIENE SOCIAL

No hay que pensar con tanta amargura de los hombres —me dijo, mi buen amigo. No crea usted que sólo saben ser malos. En el fondo de las conciencias más negras se ve relampaguear a veces esa alma que a tantos hombres ha hecho grandes. Y luego? Vaya usted y viva entre el pueblo y verá a muchas de esas gentes que le son indiferentes o que le producen lástima, efectuar actos admirables que hacen pensar en Jesús, en Vicente de Paúl. Y allí no hay artificio, ni el cálculo que sin quererlo ponemos nosotros *los leídos* en nuestros buenos actos. Son divinamente espontáneos. ¿Sabe usted en qué pienso al sentir sus bellas acciones? En esas preciosas y delicadas orquídeas que florecen sobre la corteza dura y arrugada de los grandes árboles de nuestros bosques.

Le contaré algo que acabo de presenciar en estos días; algo que quizá Tolstoi no hubiera desdeñado para una de sus historietas. Oiga usted.

Teníamos en casa una sirvienta, una humilde muchacha del pueblo. No es bella, pero emana de su persona tal dulzura que no es posible vivir a su lado sin quererla. Me gustaba verla trajinar por la casa con su sonrisa suave; me hacía el efecto de una fuentecilla de agua clara, de esas que corren sin murmullos y que llevan consigo su frescura silenciosa.

Más tarde, con gran admiración mía, supe que vivía con un hombre muy vulgar, un tratante de caballos, borracho y grosero. Un día me contaron la había maltratado y yo la pregunté que si lo amaba tanto que sus ultrajes no bastaban para que ella procurara alejarse de él. No, amarlo, no —me contestó. Antes sí, él no bebía. Ahora lo que le tengo es lástima. Pobrecillo! —añadió tristemente. ¿Qué haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco.

No repliqué nada porque pensé que en la vida grosera de aquel hombre quizá la sola cosa agradable y limpia con que tropezarían sus ojos, sería con la figura dulce de esta mujer. La sonrisa cariñosa de ella, fue para mí, en la vida de él, como una flor que hubiera nacido sobre el fango! ¿A qué cortarla?

No porque ella creciese sobre el lodo dejaba de ser flor. Y luego era tan caritativa y suave la seda de sus pétalos brotando sobre aquella negrura! ... En semejante sitio su humilde hermosura me parecía de más realeza que la de la más bella rosa que creciese en un jardín cerrado. Había tanta misericordia en sus palabras: "que haría sin mí? Soy el único ser que en este mundo le quiere un poco! ..."

Una tarde al regresar de mi trabajo no la encontré en casa y me contaron se había ido enferma. Una semana después supe que seguía mal. Me decidí a ir a verla. Vive en una habitación muy pequeña e incómoda. La encontré en el lecho, con fuerte calentura, pero al verme me saludó con su dulce sonrisa de siempre. Me habían informado de su mejoría, ¿qué le ha pasado, pues, que ha vuelto atrás? —la pregunté. Sí, estaba mejor— me contestó con voz débil y anhelante, —pero la otra noche, la noche del temporal, ¿recuerda? tuve que levantarme. *Aquel* hombre estaba de viaje y en la madrugada, cuando más llovía, llegó a caballo. Venía muy embriagado y le oí caer. ¿Qué le parece? ¿Cómo lo iba a dejar entre el barro, bajo el aguacero? Estaba sudando la calentura, pero ¡me daba tanta lástima! Me costó mucho llegar al patio; como pude lo ayudé a levantarse y lo traje a la cama para quitarle el vestido empapado. Me había vuelto a *recoger* en esa banca, cuando me acordé del caballo que había quedado afuera, con la montura puesta. Tuve que salir de nuevo al patio, desensillararlo y dejarlo atrás de la casa, bajo el cobertizo. ¡Pobre animal! Sentí deseos de llorar al verlo tan cansado y lleno de barro. Ya ve: *seguro la mojada* me puso peor.

Su relato fue contado con esa prolijidad que acostumbra siempre la gente del pueblo, pero con tono sencillo, como se refieren las cosas más naturales que no cuestan ningún esfuerzo. Yo me sentía emocionado. ¡Dulce y amable criatura! ¡Cuánto me ha hecho filosofar! Se conocía que sufría, porque tenía los labios secos por la fiebre

y por su respiración anhelante; pero no se quejaba. Cada vez que me sorprendía mirándola, me enviaba una de sus sonrisas amables.

Reflexione usted —añadió mi amigo— y piense de dónde le nace a estas sencillas gentes portarse así? ¿No cree usted que en sus corazones existe una fuente natural de bondad? ¿No imagina usted cuánto me conmueven! Hacen el bien como cantan los pájaros que al hacerlo no piensan en mérito alguno y sin embargo llenan de alegría el bosque.

No olvide mi pequeño relato y no sepa mirar a su prójimo sólo con desconfianza y disgusto. Cuando conozca un acto indigno, no llene de amargura su corazón; piense cuántas silenciosas y bellas acciones se estarán realizando al mismo tiempo, y esto la consolará y la hará mirar con más simpatía y misericordia a los pobres hombres.

1912